

El papa Francisco: una visión progresista

La paz, la pobreza, las desigualdades, el medio ambiente y los refugiados son los asuntos que preocupan al papa Francisco. Su denuncia del egoísmo y de la exclusión sacude al pensamiento predominante.

ROBERTO TOSCANO

Vivimos en un periodo histórico en que los líderes políticos en general parecen ser incapaces de ir más allá de una superficialidad caracterizada por la cobardía y el oportunismo. De esa forma demuestran que no están en condiciones de dar respuestas adecuadas a los desafíos de un mundo que –paradójicamente– está al mismo tiempo globalizado y cada vez más fragmentado a lo largo de múltiples “fallas”, y no solo las que existen entre las civilizaciones.

Con este telón de fondo, la aparición en el escenario internacional del papa Bergoglio supone un acontecimiento de un enorme significado, mucho más allá de la Iglesia católica y de los fieles que se remiten a ella y a su magisterio.

Se ha subrayado muchas veces la originalidad y la eficacia del lenguaje de este papa: un lenguaje que a menudo va contracorriente, que rompe con las cautelas, los eufemismos y la corrección política que tradicionalmente se asocian sobre todo con las costumbres y la mentalidad del clero. Al papa Bergoglio no le da miedo sorprender, usar la ducha fría de su franqueza para despertar a las conciencias del sopor del conformismo y de la vida cómoda. Sin embargo, sería injustificadamente reduccionista que nos centráramos en el estilo y dejáramos a un lado la sustancia, como si la novedad de este pontificado consistiera únicamente en una inédita, insólita y más eficaz estrategia de comunicación.

Para comprender el sentido, y el impacto, de este pontífice, es necesario hacer referencia a la situación, sumamente problemática, que tenía que afrontar la Iglesia en el momento de la sucesión de Benedicto XVI. No es necesario compartir la fe en la intervención del Espíritu Santo en el momento del cónclave para reconocer la extraordinaria capacidad de la Iglesia de superar, a través de cambios de liderazgo incluso radicales, las dificultades y las crisis que le ha planteado su historia bimilenaria.

De la necesidad de un cambio radical –aunque probablemente el papa Francisco ha superado las expectativas– la Iglesia como institución sin duda ya se había dado cuenta. Lo exigían hechos muy graves, como los enmarañados y a menudo poco claros intereses financieros en el seno de la administración vaticana y el escándalo de la pedofilia, que durante demasiado tiempo se gestionó más pensando en el interés de la institución (que había que mantener a toda costa a salvo de un escándalo) que en el de las víctimas. Unos hechos respecto a los que la respuesta de Benedicto XVI se antojaba poco adecuada tanto en la sustancia como en la esencial dimensión comunicativa.

A eso hay que añadir una consideración ulterior, que explica por qué la elección de los cardenales recayó precisamente en un latinoamericano. Durante las últimas décadas, las estadísticas manifiestan un avance, a expensas de la Iglesia católica, de distintas denominaciones protestantes, y en particular de las evangélicas; estas son capaces de captar la demanda popular de una religiosidad tal vez poco sofisticada teológica e intelectualmente, pero capaz de inspirar

a nivel popular una sensación de pertenencia libre de estructuras jerárquicas, de lenguajes y de liturgias que todavía son en gran parte tradicionales. En Latinoamérica, los católicos –que en 1970 eran el 92 por ciento de la población– hoy son el 69 por ciento, mientras que en ese mismo periodo los protestantes han aumentado del 4 al 19 por ciento. Recuperar y consolidar una presencia dominante del catolicismo en Latinoamérica era por consiguiente una evidente prioridad para la Iglesia de Roma.

En ese sentido cabe interpretar las aproximaciones del papa, en clave retrospectiva y autocrítica, respecto a la “teología de la liberación”, una corriente de pensamiento fuertemente popular que en su día la Iglesia –sobre todo bajo el pontificado de Juan Pablo II– no supo mantener en su seno. Y evidentemente había pagado un precio que hoy Francisco intenta reabsorber.

UN PAPA FRANCISCANO Y JESUITA

A ese respecto, da que pensar el hecho de que Bergoglio eligiera justamente el nombre de Francisco. El hombre que más tarde la Iglesia consagró como santo –san Francisco de Asís– fue en sus tiempos lo más radical que se podía concebir: el rechazo de los bienes terrenales, incluso de la ropa; una visión de la Creación que no admitía una centralidad del hombre insensible a los demás seres vivientes e incluso a la naturaleza inanimada; la prioridad que daba a la solidaridad, es más, a la identificación con los pobres. ¡Una visión mucho más rompedora que la teología de la liberación! Y, en efecto, el mensaje de san Francisco fue interpretado precisamente de esa forma por una parte de sus seguidores, algunos de los cuales incluso llevaron su intransigente radicalismo espiritual y moral hasta la rebelión, tanto doctrinal como social. Pero la Iglesia, que comprendía la extraordinaria riqueza espiritual y el atractivo popular de aquel mensaje, lo hizo suyo sin dejarse asustar por sus evidentes potencialidades de cuestionamiento de la autoridad de Roma.

Hoy el papa Bergoglio sabe que la Iglesia no puede renunciar, a menos que desee encerrarse en un dogma autorreferente cada vez

menos capaz de inspirar y movilizar las conciencias, a volcarse –“franciscanamente”– en los humildes y los pobres. Eso es cierto sobre todo en una fase histórica en que la mejora, medida en cifras globales, de las condiciones de vida de la humanidad, se contradice por doquier con una desigualdad cada vez más extrema, incluso provocadora.

Lo que resulta muy significativo es que el papa no solo habla del deber de solidaridad, sino de derechos, con un evidente distanciamiento de un erróneo concepto de “caridad”, entendido como limosna en vez de como amor incondicional por un prójimo cuya dignidad y titularidad de sus derechos es preciso reconocer.

El papa se llama Francisco, pero es un jesuita. En ese sentido se entiende que su acusada sensibilidad, típica de un determinado sector de la Iglesia latinoamericana, respecto a los pobres, evite traducirse en pauperismo, en rechazo de la sociedad moderna y en nostalgias de tiempos remotos. La historia de la Compañía de Jesús en su conjunto traza un itinerario que se caracteriza por un compromiso en el mundo: no hay que huir de él, sino vivirlo en su contemporaneidad, con el empeño de transmitir un mensaje cristiano que hay que testimoniar tanto con la fe como con las obras, y sobre la base de una excelencia intelectual que es preciso ejercer en los campos más variados y en el ámbito de las sociedades más diversas. Si en el mundo desarrollado surge el compromiso de los jesuitas con la educación de las élites, en las zonas extraeuropeas se dan extraordinarios ejemplos de un modo absolutamente no convencional de difundir el mensaje cristiano: desde el padre Matteo Ricci, capaz de integrarse culturalmente en China entre los siglos XVII y XVIII, hasta los jesuitas de las misiones sudamericanas del siglo XVIII, dedicados a organizar las comunidades indígenas en los territorios colonizados en contraposición con los intereses de las élites europeas.

Sobre la base de esa doble referencia –franciscana y jesuita– es como el papa Bergoglio se nos antoja capaz de abrazar las dimensiones más esenciales (doctrinales, pastorales y éticas) de la tarea de una Iglesia que tiene que lidiar con una difícil coyuntura, tanto en su seno como a nivel global.

LOS MALES DE LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA

Pero, ¿cómo se presenta al mundo la Iglesia del papa Francisco? ¿Qué desafíos tiene que afrontar, a qué adversarios tiene que responder?

Era bastante fácil identificar cuál era el “enemigo principal” de la Iglesia a lo largo del siglo XX: el comunismo ateo, una ideología que pretendía ser tan transnacional como el catolicismo, pero que desde el punto de vista de la política y del poder tenía sus raíces en un país, la Rusia soviética, con sus designios de poder interior y de potencia mundial. No cabe duda de que la contraposición con aquel adversario definió en gran medida la forma en que la Iglesia se alineó a lo largo del siglo XX en el tablero internacional. Y eso es cierto hasta el extremo de justificar la acusación —y también grandes perplejidades en el seno de la propia Iglesia— de que el Vaticano evitó alinearse con suficiente claridad y energía frente a otras amenazas y otros enemigos de la libertad y del espíritu humano, desde el nazismo hasta el fascismo.

Pero eso ya es historia, mientras que hoy la pregunta es: ¿cuáles son, en la fase que se inició tras el final de la Guerra Fría, los males principales, las distorsiones, las injusticias, las violencias respecto a los que la Iglesia tiene el deber y el derecho de pronunciarse? Y, por su forma de expresarse de una forma tan directa y sin tapujos, no es en absoluto difícil descifrar cuál es su visión del mundo del papa Francisco.

El primer punto es la paz. Desde luego no se trata de una novedad en el ámbito del mensaje de la Iglesia, pero el papa Bergoglio afronta este tema con una gran concreción, asociando lo dramático de la situación (“estamos viviendo una tercera guerra mundial por partes”) a un análisis donde el tema de la violencia va unido al de la injusticia y la fragmentación de la humanidad en grupos hostiles, incapaces de escucharse mutuamente y de ser solidarios.

El papa denuncia de forma explícita y enérgica las persecuciones contra los cristianos, pero sin olvidar nunca los horrores de los que son víctimas otras comunidades, ya sean religiosas o étnicas. En un mundo desgarrado por los sectarismos y las facciones, el papa hace un llamamiento intransigente a nuestro deber de hacernos cargo de los sufrimientos del Otro.

Ha producido un gran revuelo, en determinados ambientes políticos, su reciente afirmación de que el rechazo de los emigrantes que intentan llegar a su destino por mar sería un acto de guerra. Pero no resulta difícil interpretar el pensamiento del papa —que entre otras cosas se ha manifestado no respecto al Mediterráneo sino a los *boat people* rohingya de Myanmar. Para Bergoglio la guerra no es el producto de una abstracta maldad humana, sino de la incapacidad de afrontar los dramáticos problemas de nuestro tiempo a través del diálogo y con respeto a los derechos y las identidades ajenas. El egoísmo, la cerrazón en una identidad excluyente, el desprecio por el otro, conducen inevitablemente a la violencia y al conflicto.

El pensamiento del papa Francisco sobre la sociedad contemporánea, sobre sus males y sus perspectivas, ha encontrado recientemente una expresión articulada y de alto nivel, tanto ético como intelectual, en la encíclica *Laudato Si*: una encíclica —franciscana por su título y por su inspiración— que, a través del tema del medio ambiente, en realidad aborda una serie más amplia de temáticas relativas a la vida del hombre en la naturaleza y en la sociedad. El papa Francisco, haciendo un llamamiento al “cuidado de la Creación” en armonía con el designio divino, exhorta a una profunda transformación de la relación con la naturaleza, pasando del dominio a la búsqueda de armonía; y al mismo tiempo apela a un uso responsable de los recursos a través de una revisión profunda de los modos de vida y de consumo, que hoy son escasamente cuidadosos y escasamente responsables. La encíclica también aborda el tema, hoy cada vez más crucial, de la tecnología, y lo hace huyendo de la falsa alternativa entre aceptación pasiva y rechazo, pero en cambio subrayando que —por su naturaleza de instrumento y no de fin— la tecnología tiene una potencialidad no unívoca, y será buena o mala dependiendo del uso que uno sepa darle. Por último cabe destacar que, en la encíclica, la naturaleza y el hombre nunca están en contraposición, y que en cambio el concepto fundamental resulta ser el concepto integral de “ecología social”.

Una intervención enérgica, importante en un momento en que a nivel internacional se intenta afrontar las temáticas más candentes y que

todavía son objeto de antagonismos entre los Estados, en primer lugar la del calentamiento global y el cambio climático. Una intervención que, entre otras cosas, se alinea sin tapujos contra quienes todavía se demoran en la negación de la gravedad de la situación y contra los que siguen oponiéndose a las medidas de naturaleza pública, tanto nacionales como internacionales, como si se tratara de inadmisibles limitaciones de la libertad económica.

¿UN PAPA COMUNISTA?

Es inevitable que todos esos firmes posicionamientos del papa Francisco –desde la economía al medio ambiente, desde las migraciones a la paz– susciten reacciones hostiles por parte de quienes no comparten su planteamiento moral. La orientación del actual pontífice es de naturaleza ética, que no coincide con una opción política definible en términos de “partido” o ideología, pero que indudablemente denuncia y deslegitima la cerrazón y el desprecio frente a los que son diferentes, y la sordera respecto a sus derechos y su dignidad humana.

Llama la atención, por hablar de la situación en Italia, la intensa campaña crítica que se lleva a cabo desde el momento de la elección de Francisco en las páginas del periódico *Il Foglio*, que curiosamente se ha arrogado el papel de guardián de una opinable ortodoxia católica. No, el papa Francisco no es “comunista”, ni tampoco “socialdemócrata”. Se limita a tomarse en serio las problemáticas que históricamente ha planteado la izquierda, pero no por ello acepta las respuestas políticas que han formulado los comunistas y los socialdemócratas. Los que hablan de un “papa comunista” parecen haber olvidado, entre otras cosas, que existe un pensamiento social de la Iglesia y que no existe solo una socialdemocracia, sino también una democracia cristiana. Además, quien se autoproclama “más católico que el papa” haría bien en darse cuenta de que es normal que la Iglesia católica se preocupe de la hegemonía ideológica de un economicismo neoliberal capaz de establecer sobre la ética y la cultura un dominio hegemónico más total y radical que el del economicismo marxista. Hoy en día ya no es el comunismo, sino el “pensamiento único” neoliberal y el dogma del

“TINA” (*There Is No Alternative*) los que están asfixiando la ética y la espiritualidad y llevándolas hacia la idolatría: esta no es ya la adoración de un falso dios sino más bien la adoración, como si se tratara de Dios, de cualquier dimensión, aunque sea legítima y positiva de por sí, de la realidad humana.

La renovación que postula el papa Bergoglio se nos antoja de una gran importancia para el presente y sobre todo para el futuro de la Iglesia, pero puede suponer un gran estímulo también para los que no forman parte de la comunidad de los fieles. No cabe duda de que a partir de los años setenta, el progresismo, entendido en su acepción más amplia, está en crisis, en retirada prácticamente por doquier. Por esa razón, la aparición del papa Francisco en el escenario internacional solo puede ser acogida positivamente por quienes –justamente en clave progresista– están convencidos de que el “pensamiento único” neoliberal, que ha llegado a ser hegemónico a nivel global, merece una respuesta que sin duda tendrá que ser políticamente convincente y económicamente sostenible, pero que no podrá prescindir de una sólida base ética hacia la que creyentes y no creyentes deberían ser capaces de converger.

Sin ánimo de menospreciar los escenarios que se han trazado en el campo conservador, podemos excluir que la variada galaxia progresista pretenda confluir en masa bajo el abrazo de la Santa Madre Iglesia. Sin embargo, es cierto que el desafío del papa Francisco nos obliga a todos a hablar con mayor claridad, a ser más valientes, y a buscar posibles convergencias sobre las cuestiones dramáticas de nuestro tiempo: la paz, la protección del medio ambiente, la lucha contra las desigualdades, el drama de los refugiados y los emigrantes.

Lo que es seguro es que gracias al papa argentino el nivel del debate sobre estos temas sin duda se ha elevado. De ello deberían alegrarse incluso quienes no comparten los contenidos de su mensaje.



ROBERTO TOSCANO, EX EMBAJADOR DE ITALIA, ES EDITORIALISTA DE *LA REPUBBLICA*.